

DONDE SOLO QUEDA BAILAR

de Alejandro Pastor

Introducción

La pintura de Alejandro Pastor (Alicante, 1980) ha evolucionado en los últimos años experimentando un proceso de acusada maduración técnica y conceptual —a la par que el artista consolidaba su firma definitiva tras el uso de sus anteriores heterónimos (Alexander Grahovsky y Alejandro Grahovsky)—, conquistándonos con un personalísimo lenguaje a través del cual despliega narrativas oníricas inspiradas en los programas iconográficos de la pintura prerrenacentista y primitiva flamenca, recombining pasajes mitológicos y ritos con el folclore popular, el carnaval y la cultura contemporánea.

Mediante estructuras visuales secuenciadas —tanto sincrónicas como diacrónicas— derivadas de la estética del retablo clásico, el cómic, la animación o los videojuegos, Pastor reordena fragmentos de nuestro imaginario colectivo. A través de asociaciones libres —y en muchos casos irreverentes—, propone al espectador un recorrido abierto que invita a una lectura activa de la imagen. Cada escena se concibe como un espacio liminal en continuo cambio donde convergen simultáneamente múltiples acontecimientos que nos adentran en su singular cosmovisión: un escenario habitado por personajes envueltos en ritos de paso absurdos y mutaciones de estado que conectan un cuadro con el anterior.

Sobre el concepto de la exposición

Las ocho obras que integran *Donde solo queda bailar* trazan una exhaustiva cartografía del universo plástico de Alejandro Pastor, condensando las situaciones y arquetipos más recurrentes en su trabajo reciente y articulando una red de figuras icónicas que reaparecen e interconectan las piezas: criaturas híbridas, entidades fantásticas en permanente metamorfosis que encarnan transiciones psicológicas, danzantes y celebrantes inmersos en bailes catárticos, músicos, invocadores y toda suerte de alegorías generadas mediante el ensamblaje visual de referentes de la alta cultura y el arte vernáculo.

El título de la muestra —homónimo al de una de las piezas principales, en la que diversos personajes danzan ajenos a la inminente caída de un meteorito en llamas— revela el posicionamiento estoico y resiliente del artista frente a nuestra propia realidad, atravesada por la incertidumbre y la crisis estructural, recurriendo a la ironía y al humor como principales herramientas de gestión poética y existencial, y sugiriendo el hedonismo como vía de escape y actitud vital.

Metodología de trabajo

La obra de Pastor funciona como un complejo sistema de pensamiento donde la propia gama cromática condiciona el desarrollo narrativo. Si sus últimos virajes hacia tonalidades ocres y tierras nos sorprendían trasladándonos al Lejano Oeste, en esta ocasión sus entornos recuperan la paleta primigenia de exultantes colores puros que evocan jardines edénicos (con un claro predominio de sus característicos verdes hierba y azules cielo en diálogo con la tradición de El Bosco), pasando

por algunos espacios de transición con cielos pardos como los que encontramos en *Día de boda y Tú que vienes a rondarme* (2026), piezas que funcionan como umbrales hacia otra dimensión.

El artista construye en cada cuadro una densa estratigrafía combinando distintos recursos y técnicas de forma desprejuiciada: óleo, *spray*, lápices de colores y pasteles al óleo. Su proceso creativo arranca rompiendo la frialdad del soporte con un *spray* magenta fosforescente. En pinturas complejas como *Orfeo y Eurídice* (2026) o *Un verano con los ojos cerrados* (2024), Alejandro Pastor dispone recortables de papel a escala definitiva sobre el lienzo para estudiar la composición. Estos bocetos funcionan como exvotos móviles que el artista desplaza y reorganiza en el plano del cuadro hasta consolidar la disposición deseada y fijarla mediante el dibujo. A continuación, trabaja el fondo reservando las siluetas de los distintos elementos, que aborda en la fase final con una característica factura jugosa y suelta.

Pirámide visual

Este trabajo por capas encuentra un paralelismo metodológico con la formulación de un perfume de autor, construyendo una experiencia estética mediante la superposición de elementos heterogéneos que evolucionan temporalmente, donde materia, tiempo y memoria se amalgaman alquímicamente.

Nuestra cultura visual, la memoria personal, la historia del arte, los cuentos, la experiencia cotidiana y el imaginario colectivo se recombinan con los distintos referentes artísticos de los que se nutre el trabajo de Alejandro Pastor y que resuenan en su obra reorganizándose, como las notas de una sofisticada pirámide olfativa (en este caso, visual), articulando su pintura en tres tiempos esenciales:

En las notas de salida, -la primera impresión-, la frescura del *pop art* y el impacto del color vibrante de la paleta del recientemente desaparecido David Hockney provocan una eclosión explosiva que atrapa nuestra mirada.

En las notas de corazón, -el núcleo de la obra, su personalidad central-, descubrimos en el cuerpo de la composición la herencia de la pintura surrealista de artistas como Leonora Carrington y Remedios Varo.

Por último, en las notas de fondo, -la estructura profunda y el poso conceptual-, vislumbramos como protagonistas del sustrato emocional de su pintura la impronta de los maestros del *Trecento* italiano como Simone Martini y los hermanos Lorenzetti, y la de los primitivos flamencos como El Bosco, los hermanos Van Eyck y Pieter Bruegel el Viejo, extendiéndose la estela de su esencia hasta finales del S.XVI con su hijo Pieter Brueghel el Joven con obras como *Los danzantes de San Juan en Molenbeek* (1592).

La pintura de Pastor opera así como un denso palimpsesto que exige a la mirada del espectador un transitar demorado; un tiempo lento capaz de decodificar las claves ocultas que apuntalan su imaginario. Cada lienzo se articula como una magistral fórmula poética que destila los acordes secretos y la fascinante polifonía de su universo plástico.

- **Belén Mazuecos**

Artista y Catedrática de Pintura de la Universidad de Granada